

WASHINGTON IRVING, UN PASEO POR LAS PRADERAS

Manuel BOTELLA RODRÍGUEZ

Capítulo V: Escenas de la frontera. Un Licurgo de la frontera. La ley de Lynch. El peligro de encontrar un caballo. El joven osage.

A la mañana siguiente, 11 de octubre¹, nos pusimos en marcha alrededor de las siete y media. Cabalgamos por vegas profundas, ricas en tierra aluvial, cubiertas de una vegetación espesa y de árboles de enorme tamaño. Nuestra ruta iba paralela a la orilla oeste del río Arkansas², en cuyas riberas, cerca de la confluencia con el Río Red³, esperábamos alcanzar la primera unidad de tropas de asalto⁴. A lo largo de varias millas el paisaje estaba salpicado de aldeas creek⁵ y de granjas. Sus habitantes parecían haber adoptado, con considerable facilidad, los principios básicos de la civilización⁶, y haber evolucionado en consecuencia. Sus granjas estaban bien abastecidas de ganado y tenían apariencia de cómodas y abundantes.

Nos topamos con varios indios que volvían de uno de los grandiosos juegos de

¹ Washington Irving partió de Fort Gibson, en la actual Oklahoma, en octubre de 1832. Había regresado poco tiempo antes de Europa donde había vivido durante diecisiete años.

² Río de los Estados Unidos, es afluente del Misisipí. A lo largo de 3.300 km. recoge las aguas de una vasta región de las Grandes Praderas.

³ Afluente del Misisipí por su margen derecha. Atraviesa los estados de Texas, Oklahoma, Arkansas y Luisiana.

⁴ En el original *Rangers*. Eran efectivos militares que se fueron estableciendo en las fronteras para vigilar a los pueblos indios y para proteger a los colonos.

⁵ Los creek eran indios sedentarios dedicados a la agricultura originarios de la zona que actualmente comprende los estados de Georgia y las Carolinas. Fueron obligados tras la derrota de 1814 a desplazarse a los territorios indios de Oklahoma asignados por el gobierno a aquellas tribus que dificultaban la expansión colonial a finales del XVIII y principios del XIX.

⁶ El contacto directo con la civilización blanca hizo que muchas tribus indias adoptaran costumbres y modos de vida ajenos a la tradición de sus ancestros. Entre las costumbres que más las afectaron, podemos destacar el uso de armas de fuego, y sobre todo, el alcohol.

pelota por los que este pueblo es tan célebre. Unos iban a pie, otros a caballo. A los que iban montados les seguían varias mujeres de vistosas indumentarias. Son de buena raza, musculosos y fornidos, de muslos y piernas bien torneados. Tienen el mismo gusto que los gitanos por los colores luminosos y los adornos llamativos, y se asemejan a objetos brillantes y extravagantes, cuando se les ve desde lejos en las praderas. Uno llevaba alrededor de la cabeza un pañuelo escarlata rematado por un penacho de plumas negras como la cola de un gallo. Otro tenía un pañuelo blanco con plumas rojas, y un tercero, a falta de plumas, llevaba en el turbante un ramillete brillante de zumaque⁷.

Cuando nos acercamos al límite donde empiezan las tierras inexploradas, con el fin de averiguar el camino a seguir, hicimos una parada en una cabaña de troncos propiedad de un colono. Era un tipo alto y huesudo, de pelo rojo y cara alargada, que guiñaba constantemente con un ojo como si todo lo que dijera fuera de suma importancia. Estaba encolerizado. Uno de sus caballos se había perdido y estaba seguro que una partida de indios osages⁸ acampados en un pantano cercano lo había robado durante la noche. ¡Ya se las pagarían! Les daría un castigo ejemplar a esos granujas. En consecuencia, había descolgado de la pared su rifle, valedor de lo justo y lo injusto en tierras fronterizas, y, tras ensillar su corcel, se disponía a hacer una incursión en el pantano, acompañado por un camarada, también con rifle en ristre.

Intentamos por todos los medios calmar al viejo veterano de las praderas sugiriéndole la posibilidad de que su caballo se había extraviado en cualquier bosque vecino. Sin embargo, tenía la tendencia típica de la Frontera de culpar a los indios de todo, y nada pudo disuadirlo de llevar fuego y espada al pantano.

Después de cabalgar varias millas perdimos de vista la unidad de tropas de asalto y nos quedamos perplejos ante la gran cantidad de huellas de indios y colonos. Por fin, al llegar a una cabaña de troncos habitada por un hombre blanco, el último por aquella zona, descubrimos que nos habíamos desviado de nuestro curso. Este, nos indicó que retrocediéramos y nos puso de nuevo en la pista correcta. Bajo su guía, partimos por última vez antes de entrar en territorios inexplorados.

El sendero continuaba y se extendía sin orden ni concierto por colinas y valles, entre malezas y zonas pantanosas, por matorrales enmarañados y amplias praderas. Cuando se atraviesa territorios inexplorados, ya sea a pie o a caballo, es costumbre que el grupo vaya en fila india para que el cabecilla vaya abriendo camino a los

⁷ Arbusto que se empleaba para curtir pieles, además de servir de adorno.

⁸ Otra de las naciones indias nómadas y cazadoras que poblaban las regiones de las Grandes Praderas. En 1808 tuvieron que ceder grandes extensiones en Misuri y Arkansas.

que le siguen y les alivie trabajo y fatiga. De esta forma se mantiene en secreto el número de miembros que conforman el grupo, ya que sólo van dejando marcas de pisadas por un sendero estrecho.

No llevábamos todavía mucho tiempo en camino cuando, al salir del bosque, contemplamos como nuestro caballero errante de la Frontera, huesudo y guiñador, descendía con su compañero de armas por la pendiente de la colina. A medida que se acercaba a nosotros, la delgadez de su figura y su aspecto atribulado me traían a la memoria al caballero de la Mancha, empeñado como él en empresas aguerridas. Estaba a punto de penetrar por los matorrales de aquella ciénaga peligrosa donde se escondía el enemigo.

Mientras sosteníamos una plática con él en la pendiente de la colina, divisamos a una media milla de distancia a un jinete osage que salía del bosque llevando a otro caballo por el ronزال. El caballo fue inmediatamente reconocido por nuestro amigo el guiñador como el corcel que estaba buscando. A medida que el osage se acercaba, su aspecto me iba impactando. Tenía unos diecinueve o veinte años, aunque aparentaba algunos más. Su bello porte de romano era común a los de su tribu y mientras cabalgaba, con una manta sobre sus hombros, su torso desnudo habría servido de modelo para una escultura. Iba montado en un magnífico caballo pinto de la pradera, moteado en blanco y marrón, y adornado con un collar ancho del que le colgaba un penacho de crin teñida de escarlata.

El joven avanzó despacio hacia nosotros y nos comunicó a través de Beatte, nuestro intérprete, que el caballo que llevaba había llegado al campamento y su intención era devolvérselo a su dueño.

Yo esperaba ser testigo de alguna expresión de gratitud por parte de nuestro favorecido caballero. Sin embargo, para mi sorpresa, aquel sujeto estalló enfurecido. Declaró que los indios se habían llevado el caballo durante la noche con la intención de devolverlo por la mañana a cambio de una recompensa por haberlo encontrado. Según él, ésta era una práctica muy común entre los indios. Quería atar al joven indio a un árbol y propinarle unos sonoros azotes. Se sorprendió bastante ante la indignación que nos produjo esta forma tan original de agradecer unos servicios. Sin embargo, con bastante frecuencia, la ley se administra así en la Frontera. Es la ley de Lynch⁹, como se le denomina técnicamente, y consiste en que el demandante tiene prerrogativas para ser testigo, jurado, juez y verdugo, mientras que al demandado se le puede condenar y castigar en base a meras presunciones. De esta manera, estoy convencido, se ocasionan entre los indios

⁹ "La ley de Lynch" o *Lynch's Law* fue establecida de forma tácita por parte de los primeros colonos ante la ausencia de instituciones estatales. Según ésta, cada cual se podía tomar la justicia por su mano. Recibe este nombre por un miembro de los comités de vigilantes de Virginia, William Lynch. También llamada "ley del linchamiento".

mucho de los resentimientos y rencores que luego terminan provocando represalias y nos conducen a la guerra. Después de comparar la franca actitud y el noble porte del joven osage con el siniestro semblante y la conducta prepotente del hombre de la Frontera, no dudé en ningún momento que espalda se merecía recibir los azotes.

Viéndose obligado a contentarse con la recuperación del caballo y sin el placer de flagelar al que lo había encontrado, el viejo Licurgo, o mejor Draco¹⁰, de la Frontera no cesó de gruñir en el camino de vuelta seguido por su camarada.

En lo que respecta al joven osage, todos estábamos predisuestos a su favor, especialmente el joven conde¹¹, que por los sentimientos propios de su edad y por su forma de ser, se quedó fascinado. No le convenía en absoluto, pero quiso llevarse al osage como acompañante y escudero en su expedición por las tierras inexploradas. El joven osage sucumbió a la tentación y, ante la perspectiva de poder recorrer seguro las praderas de búfalos y la promesa de una manta nueva, agarró la brida y dejó tras de sí el pantano y el campamento dispuesto a seguir al conde en sus correrías en busca de los cazadores osages.

Así es la gloriosa independencia del hombre en estado salvaje. Este joven, en un instante, se preparó para recorrer el mundo con un rifle, una manta y un caballo. Llevaba todos sus efectos mundanos y ante la falta de necesidades artificiales poseía el gran secreto de la libertad personal.

Nosotros, miembros de la sociedad, somos esclavos no tanto unos de otros como de nosotros mismos. Nuestras trivialidades son la cadena que nos atan, obstaculizan cada movimiento de nuestro cuerpo y frustran cada impulso de nuestra alma. Tales eran, al menos en aquel momento, mis especulaciones y, aunque no estoy seguro, creo que se debían en gran parte al entusiasmo de aquel joven conde, más encantado que nunca con la cortesía de los salvajes de la pradera y que hablaba incluso de vestirse con atuendos indios y de adoptar sus costumbres durante el tiempo que pensaba pasar entre los osages.

Capítulo IX: A la caza de abejas.

El bello bosque en el que habíamos acampado era abundante en árboles panales, es decir, en árboles podridos en cuyos troncos las abejas construyen sus colmenas. Es sorprendente como se han extendido, en pocos años, las colonias de abejas en incontables enjambres por todo el Oeste. Los indios las consideran heraldos del

¹⁰ Licurgo fue un legislador espartano del siglo IX A.C. Según la leyenda, sus leyes contaban con la aprobación del oráculo de Delfos. Draco fue otro legislador del siglo VII A.C. famoso por la dureza de sus leyes.

¹¹ Al parecer, en el grupo expedicionario de Washington Irving iba un joven conde suizo.

hombre blanco, de la misma manera que el búfalo lo es del piel roja. Se dice que a medida que la abeja avanza, el búfalo y el indio retroceden. Estamos muy acostumbrados a asociar el zumbido de las colmenas a una granja o a un jardín, y a relacionar a estos laboriosos animalitos con las guaridas del hombre, y según me contaron es muy difícil encontrar abejas silvestres más allá de la Frontera. Hasta ahora siempre han sido los heraldos de la civilización, precediéndola en su avance desde la orilla Atlántica, y hasta algunos de los antiguos colonos intentaron imitarlas el año que éstas cruzaron el Misisipi¹². Los indios descubrieron una vez con sorpresa que los árboles podridos de sus bosques de repente rebosaban de una dulce ambrosía, y nada, según me contaron, puede compararse a la lujuria y glotonería con la que se dan un festín la primera vez que se encuentran con este lujo gratuito de la tierra virgen.

Actualmente, las abejas obreras se enjamban en miríadas en las nobles arboledas y bosques que rodean y entrecruzan las praderas, y se extienden a lo largo de los floridos aluviales de los ríos. Tengo la impresión de que estas bellas regiones responden literalmente a la descripción de la Tierra Prometida¹³, "Tierra de la que mana leche y miel", ya que se calcula que los ricos pastos de las praderas sustentan a manadas de ganado tan incontables como la arena del mar, y que las flores que los esmaltan son el paraíso de la abeja buscadora de miel.

No llevábamos mucho tiempo todavía en el campamento cuando una partida se disponía a buscar un árbol panal. Yo, curioso por ver aquella diversión, acepté de muy buena gana una invitación para acompañarles. La partida iba encabezada por un castrador de abejas veterano, un tipo alto y flaco, vestido con un traje casero para la ocasión, que le colgaba sobre sus miembros, y un sombrero de paja de formas parecidas a las de un panal. Un camarada, ataviado de igual manera, pero sin sombrero, le pisaba los talones montado a horcajadas y con un gran rifle en sus hombros. A éstos les seguían media docena, unos con hachas, otros con rifles; ya que nadie da un paso fuera del campamento sin sus armas de fuego para estar preparados ante la aparición de un ciervo o un indio salvaje.

Después de recorrer cierta distancia, llegamos a un gran claro en el interior del bosque. Nuestro jefe hizo un alto aquí y avanzó con cuidado hasta un arbusto pequeño sobre el que percibí un asiento de colmenas. Descubrí que este era el cebo o señuelo de las abejas silvestres. Varias zumbaban alrededor y se zambullían en sus celdas. Una vez que se cargaban de miel, se elevaban en el aire y salían

¹² Ya en tiempos de la colonización británica los colonos había penetrado al interior en dirección al río Misisipi pese a la prohibición de 1763 de atravesar más allá de los Apalaches con fines coloniales.

¹³ Clara alusión bíblica. Hay que tener en cuenta el carácter de tierra prometida que tuvieron las tierras americanas para muchos de los que huían de Europa, ya fuera por cuestiones religiosas o económicas.

disparadas a la velocidad de una bala. Los castradores observaban con atención el curso que tomaban, y luego se encaminaban en la misma dirección mientras iban tropezando con raíces retorcidas y árboles caídos, con los ojos puestos en el cielo. De esta forma seguían la pista de las abejas cargadas de miel hasta sus colmenas que se encontraban en el tronco hueco de un roble abatido, donde, después de zumbear alrededor, se introducían por un agujero a unos sesenta pies del suelo.

Dos castradores golpeaban con todas sus fuerzas los pies del árbol para derribarlo. Los espectadores y principiantes, mientras tanto, nos retiramos a una distancia prudente para estar fuera del alcance del árbol, cuando éste cayera, y de la venganza de sus moradoras. Las violentas sacudidas del hacha parecían no producir ningún efecto y ni siquiera alarmar o molestar a esta laboriosa comunidad. Continuaron con sus ocupaciones usuales. Algunas llegaban cargadas a puerto, otras salían en nuevas expediciones, como los mercaderes de una opulenta metrópoli, sin sospechar el descalabro y la ruina que se avecinaba. Ni siquiera el fuerte crujido que anunció la rotura del tronco pudo desviar su atención en la búsqueda de beneficio. Finalmente, el árbol se vino abajo con un estruendo tremendo y se abrió de parte a parte mostrando los tesoros ocultos de la comunidad.

Uno de los castradores se acercó corriendo con una brizna de heno encendida para defenderse de las abejas. Estas, sin embargo, no mostraban signos ni de atacar ni de querer venganza. Parecían aturdidas por la catástrofe sin sospechar su causa y permanecían arrastrándose y zumbando por las ruinas sin ocasionarnos molestias. Todos los miembros de la partida se pusieron en ese momento, con cucharas y cuchillos de caza, a sacar las laminillas de miel que almacenaba aquel tronco hueco. Algunas eran viejas y de color marrón oscuro, otras eran blancas y la miel de las celdas casi transparente. Las celdillas que permanecían enteras las colocaron en las calderas del campamento para llevarlas posteriormente al poblado. Las que temblaban en la caída se las comían allí mismo. A todos los rudos castradores se les vio con un suculento aperitivo en sus manos chorreándoles entre los dedos y desapareciendo con la misma rapidez que una tarta ante la voracidad de un colegial en día de fiesta.

Pero no fueron los castradores de miel los únicos que sacaron provecho de la derrota de esta comunidad laboriosa. Como si las abejas quisieran demostrar la semejanza de sus hábitos de trabajo y enriquecimiento con los del hombre, observé como miembros de colmenas rivales llegaban ansiosas revoloteando para sacar provecho con la misma avidez y alegría de los que provocan naufragios en los cargueros de Indias y los llevan a la costa, sumergiéndose entre las celdas, dándose un festín a costa del destrozo y luego revoloteando cargadas hasta sus hogares. En cuanto a las pobres propietarias de aquella ruina, parecían no tener ánimos para hacer nada, ni siquiera para saborear el néctar que fluía a su alrededor. Más bien se arrastraban de acá para allá, desoladas, como he visto hacer a algún amigo que

con las manos en los bolsillos silba con expresión ausente y abatida por los restos de su casa quemada.

Se me hace difícil describir el desconcierto y la confusión de las abejas de la colmena arruinada que se encontraban ausentes cuando ocurrió la catástrofe y que iban llegando cargadas del exterior. Al principio revoloteaban por el lugar donde una vez se alzaba el árbol caído, asombradas al encontrarlo todo vacío. Finalmente, como si comprendieran el desastre, se agrupaban sobre las ramas secas de un árbol vecino desde donde parecían contemplar la ruina, y comenzaban a emitir dolorosos lamentos por el descalabro de su república. Era una escena de la que Jacques el Melancólico habría sacado alguna moraleja.

Luego abandonamos el lugar dejando gran cantidad de miel en el hueco del árbol. "Ya se lo liquidarán las alimañas", dijo uno de la tropa de asalto. "¿Qué alimañas?" pregunté yo. "Osos, mofetas, mapaches y comadrejas. El oso es la alimaña más sabia del mundo a la hora de encontrar panales en los árboles. Roerán el tronco durante varios días hasta hacer un agujero por donde meter las patas, y luego sacaran miel, abejas y de todo.

*Capítulo XVIII: La gran pradera. Cliff Castle. Senderos de búfalos.
El ciervo cazado por los lobos. Cross Timber.*

Después de una penosa marcha por parajes cortados por barrancos y arroyos, y enredados por matorrales, llegamos a una gran pradera. Una de las escenas características del lejano Oeste irrumpió ante nosotros. Una inmensa y bamboleante extensión de hierba ondulada con árboles, que vistos desde lejos se asemejaban a barcos en el mar. El paisaje inspiraba sublimidad en su inmensidad y sencillez. Hacia el suroeste, sobre la cima de una colina había una curiosa cresta de rocas que parecían las ruinas de una fortaleza. Me recordaban las ruinas de algún castillo moro de los que coronan las alturas de cualquier solitario paisaje español. A esta colina le dimos el nombre de *Cliff Castle*¹⁴.

Las praderas de estas vastas regiones de caza diferían en su vegetación de aquellas por las que yo había pasado con anterioridad. En vez de plantas floridas y altas y grandes y majestuosas extensiones de hierba, éstas estaban cubiertas de una hierba más corta llamada pasto de búfalo, de aspecto algo basto, pero que en las estaciones apropiadas permiten un pasto abundante y excelente. En aquel momento crecía hirsuta y en muchos lugares estaba demasiado reseca para el pasto. Estábamos a punto de entrar en esa serena, pero de alguna manera árida, estación

¹⁴ En español sería Castillo del Acantilado.

llamada el verano indio¹⁵. Había cierta bruma en el ambiente que suavizaba el resplandor del sol y, dándole un matiz dorado, difuminaba los rasgos del paisaje y le otorgaba cierta imprecisión a los objetos en la lejanía. Esta neblina crecía a diario y se atribuía a la quema de las praderas por parte de las partidas de cazadores indios¹⁶.

No habíamos avanzado mucho todavía por la pradera cuando divisamos senderos de pisadas desgastadas que atravesaban el terreno. A veces dos o tres iban en paralelo, aunque separados por algunos pasos. Dijeron que eran huellas de búfalos que habían pasado en manadas. También había huellas de caballos, que fueron observadas con atención por nuestros experimentados cazadores. No podían ser huellas de caballos salvajes, porque no había vestigios de patas de potros. Todas eran de adultos. Puesto que los caballos parecían no tener herraduras, se llegó a la conclusión de que debían pertenecer a alguna partida de indios paunis¹⁷. En el transcurso de la mañana descubrimos las huellas de un caballo herrado. Este podría ser el caballo de un cheroqués¹⁸, o quizás de un caballo robado a los blancos de la Frontera. De esta forma, cada vez que se atraviesa estos peligrosos páramos, cada vereda y cada marca de pisada provoca precauciones y conjeturas. Los interrogantes son siempre los mismos; si es huella de amigos o enemigos, si es reciente o antigua, si aquel que la produjo estará ya fuera del alcance de uno o hay posibilidades de encontrarlo.

Cada vez nos fuimos adentrando más y más en la tierra del gamo. A medida que avanzábamos veíamos, con cierta frecuencia, ciervos a derecha e izquierda que salían huyendo a saltos entre la espesura; pero su aparición ya no nos provocaba la misma avidez en perseguirlos. Al pasar por una pendiente, entre dos ondulantes promontorios, vimos un grupo de cazadores auténtico y natural. Una manada formada por siete lobos negros y uno blanco corrían tras un ciervo, al que casi habían ya rendido. Estos cruzaron por delante de nosotros sin percatarse aparente-

¹⁵ En español corresponde a lo que se conoce por el veranillo de San Miguel o San Martín.

¹⁶ Una de las técnicas de caza más usuales entre los indios de las Grandes Praderas consistía en acorralar las grandes manadas de búfalos mediante la quema de extensiones de pasto. Esta misma práctica por parte de cazadores blancos contribuyó a la práctica desaparición de especies, ya que estos no respetaron los ciclos naturales de la misma manera que los indios y cazaron durante años de forma indiscriminada.

¹⁷ Otro de los pueblos indios que habitaban las Grandes Praderas. Eran cazadores y nómadas. Al igual que otros muchos pueblos indígenas, corrieron la misma suerte de verse confinados en reservas. También conocidos como panis.

¹⁸ Su territorio original se extendía sobre los actuales estados de Virginia, Tennessee, las Carolinas y Alabama. La base de su economía era la agricultura y se organizaban en clanes. En 1830 fueron desposeídos de sus tierras y expulsados a territorio indio en el río Arkansas.

mente. Los vimos corretear casi una milla, acertando distancias hasta que saltaron sobre sus ancas, después de que se precipitara por un barranco. Algunos de nuestro grupo galoparon hasta un promontorio desde el que se divisaba el barranco. El pobre ciervo estaba acosado por todas partes, unos por sus costados, otros por el cuello. Intentó luchar en vano dos o tres veces y dio varios saltos desesperados, pero fue arrastrado, vencido y despedazado. Los lobos negros con su furia y voraz apetito no se dieron cuenta del grupo de jinetes, pero el blanco, aparentemente menos animoso, abandonó la presa y correteando por la colina y el valle, provocó a varios ciervos agazapados en los agujeros que salieron corriendo despavoridos en distintas direcciones. Era una auténtica escena salvaje, propia de las tierras de caza.

Continuamos hasta divisar una vez más la bifurcación del río Red, que con sus aguas turbias serpenteaba entre colinas rodeadas de bosques a lo largo de un vasto y magnífico paisaje. A las praderas que bordean los ríos les da variedad los bellos bosques dispersos que parecen dispuestos por una mano de buen gusto. Sólo carecen de algún chapitel de pueblo, alguna almena de castillo o torreta de mansión alzándose por entre los árboles para rivalizar con los ornamentados paisajes de Europa. Hacia el mediodía alcanzamos el borde de aquel aislado cinturón de masa forestal, de unas cuarenta millas de ancha, que se extiende de norte a sur, separando las praderas altas de las bajas, desde el Arkansas hasta el Red, y al que llaman *Cross Timber*. En este bosque descubrimos justo bordeando la pradera vestigios de un poblado pauni formado por cien o doscientas tiendas, lo que demostraba que la población debía ser numerosa. Un cráneo de búfalo se encontraba cerca del campamento, y el musgo que lo cubría daba muestras de que aquel poblado llevaba allí al menos un año. Acampamos a una milla de distancia en una hermosa arboleda bañada por el bello torrente de un riachuelo. Aquel día llevaríamos hechas unas catorce millas.

Del autor y su obra

Nacido en Nueva York en 1783, Washington Irving era hijo de un comerciante de origen escocés. Para su futura formación literaria va a ser de vital importancia su primer viaje a Europa entre 1804 y 1806 debido a problemas de salud. En 1815 se estableció en Liverpool para atender los negocios familiares. No volvería a los Estados Unidos hasta 1832. Durante estos años indagó en el folclore de la vieja Europa y conoció los autores ingleses del XVIII. A su vuelta, intentó adaptar los modelos imperantes a temas, argumentos y ambientes norteamericanos. En 1842 volvió a Europa como miembro del cuerpo diplomático estadounidense. Su primer gran éxito literario lo obtuvo con *History of New York* (1809), aunque se hizo célebre con *The Sketch Book of Geoffrey Crayon Gent.* (1819-1820), *Bracebridge*

Hall (1822) y *Tales of a Traveller* (1824). De su paso por España quedan obras como *A History of the Life and Voyages of Christopher Columbus* (1828), *A Chronicle of the Conquest of Granada* (1829) y *The Alhambra* (1832). En su época Irving fue considerado heredero del estilo de Addison, Steele, Fielding y Stern. Su obra se caracteriza por la mezcla de ingenio de la prosa ilustrada con la sátira y un cierto gusto romántico en el tratamiento de sus temas. De su intento de crear un equivalente folclórico estadounidense nos queda entre otras obras *A Tour on the Prairies*, crónica del desarrollo del Lejano Oeste, de las relaciones entre blancos e indios, de la destrucción de un mundo, y sátira de las justificaciones morales de los blancos para legitimar la usurpación constante de tierras.

En el desarrollo político y social de los Estados Unidos es importante el tema de la *Frontera*. Desde los inicios de la colonización británica, los europeos habían visto el territorio norteamericano como una tierra de nadie, como un continente vacío. La existencia de recursos naturales y la facilidad para acceder a ellos hicieron ver a los colonos que todo el vasto territorio que hoy comprende los Estados Unidos como algo puesto a su disposición. Indudablemente, todos estos territorios no estaban vacíos y su ocupación significó la usurpación constante a sus legítimos propietarios. La ocupación relativamente fácil al principio de la colonización se podría explicar por el diferente concepto de soberanía de muchos de los pueblos indios. Para algunas tribus la posesión de la tierra no implicaba su ocupación física permanente. La tierra era de propiedad colectiva. Para el europeo, sin embargo, la tierra sólo tenía valor si era ocupada permanentemente por agricultores y ganaderos. Lo que conocemos como *Conquista del Oeste* va a tener lugar sobre todo a partir de 1776 cuando se rompe la barrera de los Apalaches, frontera natural entre las trece colonias y las naciones indias. A partir de esta etapa, las sociedades indias van a experimentar grandes cambios que van a deteriorar sus sociedades y formas de vida. La ingente cantidad de exploradores y colonos presionará a los indios hacia el oeste hasta principios del siglo XX, hacia territorios cada vez más pobres, mediante engaños y falsos tratados. Las naciones indias de las praderas no tuvieron problemas hasta mediados de siglo XIX. La matanza masiva de búfalos, base de su economía, fue el detonante de su enfrentamiento con los blancos, del que indudablemente salieron malparados. En estos años, las Grandes Praderas serán maltratadas ecológicamente. La explotación y la aniquilación de todo lo molesto será la norma.

Texto original extraído de: Bradley, Beatty, Long & Perkins: *The American Tradition in Literature*. Vol.I. Fifth Edition. New York, 1981.